

Confianza

Por Lourdes Navarro

EN RESUMEN | El artículo relata la experiencia vivida por la autora a través de la adopción de un hijo con síndrome de Down. Muestra la riqueza de la familia a lo largo de un proceso que, no por largo y a veces difícil, deja de impregnar su vida de manera imborrable.

LA DECISIÓN

Cuando nació nuestra primera hija fue para mí algo asombroso, no me imaginaba que ser madre fuera algo tan extraordinario.

Me hizo pensar en la suerte que tenía de nacer en un lugar donde iba a ser muy querida y cuántos niños habría sin esa oportunidad. Pasaron los meses y recuerdo que, embarazada de nuestro segundo hijo y en un viaje a Asturias, de pronto, en mi mente de forma clarísima se reveló esta idea: “Adopta a un niño con síndrome de Down”. A lo largo del tiempo he pensado mucho en ese momento, ¿imaginaciones mías?, ¿influencias de algún programa de TV en el que se habló de ese tema y que me impactó? Llegué a la conclusión que la idea no se me ocurrió a mí, sino que venía de Dios (lo siento pero, tengo que meter a Dios en este artículo; sin Él, ninguna de nuestras actuaciones hubieran sido las mismas). ¿Es que me habló Dios a mí? Más tarde he descubierto que Él nos habla a todos y muy a menudo.

Decidí comentárselo a mi marido; siempre he pensado que era una persona excepcional y no se me ocurrió que pudiera decir que no. Él se quedó de piedra. Según me dijo más tarde, sintió que tenía que decir sí, pero no pudo articular palabra. Le dije que lo pensara, sin prisas. Hoy en día, entre risas, me dice que nunca llegó a decir que sí y yo le digo que no me tome el pelo, en una decisión así el matrimonio debe estar totalmente de acuerdo y hablamos muchísimo de ello.

Comunicamos la intención a nuestras familias que en un principio no lo tomaron muy bien, les pareció una locura y nos advertían de todos los problemas que podría acarrear una decisión así. Les entendíamos porque reflejaban también nuestras propias dudas; sobre todo, temían por nuestros dos hijos a los que íbamos a asignarles “una carga” para el resto de sus vidas. Para algunas de las cuestiones que nos exponían teníamos respuesta y para otras, sinceramente, no. Tratamos de hacerles entender que tanto nosotros como nuestros hijos vivíamos en una situación privilegiada, no solamente me refiero a lo material, éramos un matrimonio joven que empezaba y no nos sobraba el dinero. Aun así, comparándonos con millones de personas en el mundo, éramos auténticos privilegiados y sobre todo nuestros hijos tenían la suerte de estar en una familia unida y grande con abuelos, tíos, primos, en la que se les quería muchísimo y nos parecía que esa suerte debían compartirla y que, además, eso era bueno para ellos. Fueron unos meses muy difíciles de discusiones y argumentaciones, también gestos muy bonitos, como el de nuestro cuñado que, al enterarse, pidió ser el padrino. Incluimos de intermediario al P. Javier Ilundáin, admirable sacerdote jesuita, que llevaba años trabajando con los discapacitados y que nos ayudó mucho.

Hicimos todas las entrevistas y papeleos necesarios, que no nos parecieron tan terribles como nos advertían (si te van a dar un niño es lógico que quieran asegurarse que va a estar bien). En ese tiempo, por el trabajo de mi marido nos trasladaron a Alicante. Al volver del veraneo recibimos una llamada en la que se nos comunicaba la asignación de un niño. Me puse muy nerviosa y creo que contesté una tontería, pero enseguida me repuse; nos enviaron sus datos médicos y un brevísimo resumen sobre Javier (nos enterábamos por primera vez de su nombre) y tras varias conversaciones telefónicas nos citaron para recogerle en

**LOURDES
NAVARRO**

Correo-e:
lourdesnavarro@
ya.com



Javier y sus hermanos

Madrid. En total, desde la primera cita informativa hasta ese día, habían pasado aproximadamente 9 meses, un embarazo. Es como si en el momento de dar nuestro sí, Dios lo hubiera enviado a la tierra.

UN CAMINO LARGO

Habíamos idealizado mucho el primer encuentro y descubrimos un bebé de tres meses feíto y con la cabeza un poco deforme; se nos heló la sonrisa tras esa primera impresión, pero rápidamente sentimos una enorme ternura por él. ¡Dormido y nos había conquistado!

Sus primeros años fueron difíciles pero, a la vez, intensamente valiosos. En cuestión médica numerosas enfermedades, no graves pero sí continuas y pesadas de sobrellevar, algunas operaciones “menores” y unos episodios de ausencias que nos asustaron mucho por lo que nos decían que podrían significar y que, después de muchas pruebas y tras la progresiva desaparición de los síntomas, nunca hemos sabido exactamente lo que tuvo.

Nos centramos en su estimulación. Empezó a caminar, aunque no sea exacta esa apreciación, pasó del gateo a correr directamente, no paraba, no le podía quitar los ojos de encima, se escapaba y no tenía percepción ninguna del peligro, iera un auténtico trasto! En esa época nos sirvió mucho la ayuda de sus hermanos a pesar de que todavía eran muy pequeños. Le costó años el control de esfínteres, sus hermanos estaban “instruidos” a que discretamente tenían que avisarnos si se hacía “caca o pipí”, porque lo hacía en los momentos y lugares más inoportunos (en la piscina, en misa, en casa de algún amigo...), pero “disimulaban” tan mal que acababa enterándose todo el mundo; ahora lo recuerdo con una sonrisa, pero en aquella época más de una vez pasé un gran apuro.

Cuántos sustos nos ha dado: como cuando se escapó a la carretera montado en su triciclo y le trajo en brazos un señor que providencialmente apareció por allí; cuando su hermana le encontró encaramado en la ventana saludando a las personas que pasaban por abajo; más de una vez su hermano de sólo 4 o 5 años, se ha tirado vestido a la piscina a sacarle reaccionando antes que la persona que le cuidaba en ese momento; esa vez que no cerré la puerta con llave y se escapó, en el silencio más absoluto, paseándose en el ascensor (el edificio tenía 24 pisos) hasta que lo encontraron unos vecinos que lo devolvieron a casa, después de preguntar al portero de dónde había salido ese niño; en otra ocasión empezó a nadar mar adentro, sin manguitos, agarrado a una tabla riéndose y creyendo que era un juego, mientras yo nadaba detrás suyo, medio ahogada por el miedo y rezando por que no se soltara; o esa vez que dando un paseo por el campo y tras despistarnos unos segundos, creo que tiró una piedra en un avispero de suelo y le atacaron las avispas sufriendo cerca de 30 picaduras, que nos hicieron acabar en el ambulatorio rogando para que no tuviera una reacción alérgica. No cabe duda que la protección que tenía en esa época no se la podíamos dar sólo nosotros, Dios nos ayudaba y continuamente cuidaba de él, no tengo otra explicación. Recuerdo perfectamente que desarrollé una especie de sexto sentido que me hacía percibir clarísimos avisos y sensaciones de peligro que hacían que pareciera que tuviera experiencias extrasensoriales (interiormente pensaba: “¡Andá, resulta que tengo “poderes”!, estos “poderes” desaparecieron en cuanto fue creciendo y se fue tranquilizando). Estoy segura que muchas de las madres que lean esto me entenderán perfectamente.

Cuando tenía dos años nos destinaron a Venezuela a una ciudad bastante alejada de la capital, vivimos experiencias formidables y gracias a la estimulación de Javier conocimos a personas increíbles, pero el cambio le costó mucho, nos dio miedo su falta de avance y, unido a otras dificultades, decidimos volver a España. Mi marido tuvo que cambiar de trabajo.

Volvimos a Madrid, empezó la Escuela Infantil, fue una experiencia regular para él y para mí. Con cinco años ingresó en un Colegio de Educación Especial, ¡fue un alivio!, no por la despreocupación, sino porque sentimos que allí realmente sabían lo que hacían. Es un colegio donde les hacen trabajar duro y consiguen de ellos que desarrollen su máximo potencial, sólo tengo palabras de agradecimiento para los profesionales que ahí trabajan dirigidos por la incansable y maravillosa Sara. Notamos en otros padres muchas veces, un mayor ímpetu y empuje e intentamos imitarlos y no bajar la guardia.

NUESTRA VIDA

Los años han ido pasando y se ha convertido en un niño feliz, alegre y cariñoso, deseoso de ayudar y con unas virtudes que nos enseña a los mayores continuamente: el perdón en el acto, el amor desinteresado, la preocupación por el otro, su intensa emoción por lo que a nosotros nos parecen pequeñeces, -recuerdo sus gritos de alegría la primera vez que fue a un cine-, cualquier cosa que hagamos es emocionante (por supuesto, también hay cosas que no le gusta hacer y ante éstas protesta como el que más), el recibimiento que hace a su padre, cuando llega del trabajo que hace que éste se derrita literalmente. No hay duda que vivir la vida así la hace infinitamente más agradable e intensa y lo contagia a los de su alrededor. Cuando reñimos a sus hermanos se enfrenta a nosotros y nos dice muy enfadado “e mi hijo” como diciendo: “cuidadito que yo estoy aquí para defender a mi hermano por encima de todo” y acaba consiguiendo su propósito porque nos entra la risa a todos. Hace año y medio tuvo una nueva hermana, ésta le adora y ha aprendido a decir su nombre “a i” (Javi) antes que “mamá”, con esto quiero indicar el cariño tan enorme que se tienen los dos, con qué ternura le trata y con qué responsabilidad le “riñe” cuando hace algo mal. Es graciosísimo verlos juntos.

CONCLUSIÓN

A modo de conclusión y con once años de perspectiva (aunque no sea mucho en toda una vida) me gustaría destacar dos cosas. Primera: sólo de pensar qué hubiera sido de él si hubiera triunfado el sentido común y nos hubiéramos echado atrás en la decisión, sufro escalofríos.

Segunda: creo que no ha sido para tanto. Sin dudarlo ha merecido la pena, sus hermanos le quieren muchísimo, son mucho más sensibles y generosos hacia el resto de las personas, se han enfrentado sin ningún miedo a cualquiera (dentro de sus edades) que dijera o actuara de algún modo que ellos pensarán pudiera perjudicar a Javier. Es ahora, en la adolescencia de los dos mayores, cuando empiezo a notar un pequeño cambio en su relación, pero presiento que entra dentro de la absoluta normalidad de todos los adolescentes del mundo: de pronto todos somos tontos, incluido Javier al que le encanta pincharles y ellos caen inevitablemente en sus envites (después de leer esto mi hija mayor me corrige y me dice indignada: “*mamá pon aquí que le seguimos queriendo muchísimo, eh*” —y sé que es verdad). Nuestra vida es más divertida con él, nos hace reír tanto con sus ocurrencias. Valoramos tantísimo esas frases a medias con las que de pronto nos sorprende y que nos hacen comprobar cuánta riqueza interior posee y qué gran sentido del humor.

Ahora nuestra misión es continuar preparándole para que pueda afrontar el futuro lo mejor posible. Nos encantaría que cuando fuera mayor pudiera acceder a alguna vivienda tutelada y tuviera, dentro de sus posibilidades, un trabajo que le hiciera sentirse útil y una vida llena con su familia y amigos. Tenemos una confianza ciega en que Dios va a jugar aquí un papel muy importante, pero como dice el refrán “A Dios rogando y con el mazo dando”, hay que seguir abonando el camino.

Al hacer esta pequeña revisión de los acontecimientos, descubro que este artículo me ha servido para darme cuenta de verdad de algo que sólo intuía, y es que no hemos estado solos en ningún momento. Sin ser, en muchas ocasiones, conscientes, el Señor nos ha estado cuidando en todo momento, hasta en los períodos de angustia en los que creíamos no poder acudir a nadie porque “nos lo habíamos buscado”. Esa fuerza arrolladora del principio cuando nos impusimos ante todo y esa otra fuerza de resistir día a día nos la concedió Él, sin duda.

Por último deseo indicar que somos un matrimonio de lo más normalito, con nuestras cosas buenas y malas, pero decidimos en su día confiar en la propuesta que nos hizo Dios y ha ocurrido lo que siempre sucede cuando se confía en Él, ¡todos hemos salido ganando!